

El Evangelio de hoy nos presenta la parábola acerca de la necesidad de perdonar: **¡perdonen siempre!**

A quien le preguntó, pidiéndole si era suficiente perdonar siete veces, Jesús respondió: “setenta veces siete”, es decir, “siempre”.

¿Por qué es necesario este perdonar continuamente?

Porque esta actitud nos hace parecidos a lo que Dios Padre vive en relación con nosotros.

Tal actitud se posiciona, se delinea, se armoniza con el sentimiento de Dios mismo, quien está dispuesto a perdonarnos siempre.

Y de verdad, se equivale a nuestra manera de sentirnos en relación a Dios; es decir, nosotros esperamos, creemos, pensamos, estamos seguros que es por medio de la revelación, que Dios está dispuesto a perdonarnos siempre.

¿Cuál sería el sentido de nuestra vida sin la esperanza de ser acogidos y perdonados?

¿Cuál sería nuestra vida espiritual si pensáramos que más allá de un cierto límite ya no hubiera ninguna posibilidad de ser reintegrados en el amor de Dios?

Mientras estemos en esta vida, mientras tengamos la oportunidad de pedir perdón, estamos seguros de que seremos reintegrados al amor de Dios.

¿Por qué rechazar esto a nuestro hermano, que anhela, y quiere lo mismo que deseamos nosotros?

¿Por qué debemos pensar que para él, el perdón de Dios es suficiente y no el nuestro?

Pero también podríamos preguntarnos: **¿por qué no logramos perdonar continuamente? u ¿olvidar por completo?**

¿Qué nos impide tomar la actitud del Padre Celestial?

Las respuestas son solamente dos:

- o es el diablo quien nos engaña,
- o es nuestro orgullo el que nos encarcela.

Por lo tanto, en la medida en que deseamos asumir la misma actitud de Dios como nos Jesús sugiere, “sean misericordiosos como nuestro Padre celestial” – liberémonos del orgullo y del demonio.

Por último hermanos míos.

Si Jesús nos enseña en sus mandamientos, en sus consejos, la necesidad de ser misericordiosos como el Padre celestial, ¿podemos descuidar este mandato?

¿Cómo podríamos sentirnos discípulos de Jesús, sus amigos y confidentes, si descuidamos o dejamos pasar este llamado?

¿Cómo podemos pensar en ser bien acogidos por él, si rechazamos lo que él nos pide que hagamos?

Pedimos al Señor que nos ayude a desarrollar esta actitud de misericordia.

Ciertamente no somos capaces, pero podemos pedirlo en oración, podemos lograrlo a través de súplicas constantes.

¿Acaso pensamos que el Señor no quiere darnos este don?, concédenos este milagro de ser misericordiosos? ¿El que se ha sacrificado para darnos un corazón nuevo?

Es sólo la dureza de nuestro corazón, nuestro orgullo, el demonio, ¿los que pueden hacernos pensar en esto?

Dios quiere regalarnos un corazón verdadero, un gran corazón, pero nosotros ¿de verdad queremos este corazón?